



XII.

GUETARIA Y FUENTERRABÍA.

1636-1638.

Invasión de Francia.—Toma de San Juan de Luz y Socoa.—Retirada.—Ataques por la costa.—Expedición á Flandes.—Presas.—Invaden á su vez los franceses.—Se apoderan de Irún, Rentería y Pasajes.—Sitian á Fuenterrabia.—La bloquean por mar.—Acude D. Lope de Hocos con la escuadra de Galicia.—Entra en Guetaria.—La destruyen los franceses con navíos de fuego.—Horrorosa escena.—Inculpaciones al General.—Su descargo.—Victorias del ejército.—Huyen los franceses.—El Arzobispo de Burdeos.



En el tiempo de los sucesos referidos, corriendo el mes de Octubre de 1636, pasaron nuestras gentes la frontera de Francia por Guipúzcoa y Navarra, invadiendo la tierra de Labort, y en pocos días se apoderaron de San Juan de Luz, Ciburu y caseríos intermedios con Behovia. La principal defensa estaba en Socoa, donde tenían los franceses fortaleza con 26 piezas y presidio de tropas regulares: batiéndola por mar D. Alonso de Idiáquez con 20 zabras, simultáneamente con el ejército del Marqués de Valparaíso ¹ por tierra, entregáronse á partido ², y aquí empezaron las dificultades serias, llegada la época de aguas y fríos, desbandada la gente que, teniendo cerca la vivienda, se volvía á España de propia autoridad. Para avanzar expugnando á Bayona era me-

¹ Don Francisco de Irazábal, virrey de Navarra.

² Hay varias relaciones impresas.



nester mayor contingente, y se fué enviando desde el interior, sin proveerlo de abrigos ni de mantenimientos, lo que equivalía á echar agua en cesto. La desertión y las enfermedades consumieron brevemente á los soldados, sufriendo la reputación de los capitanes, constreñidos á la retirada sin traerse siquiera los cañones de Socoa.

Algo hizo por la mar Idiáquez bloqueando á Bayona, corriendo la costa hasta Bretaña con rebatos y alarmas ¹, persiguiendo á las pinazas que se acercaron á Castrourdiales y Guetaria en són de desembarco, apresando ocho navíos de Terranova cargados de bacalao y doble número conductores de provisiones ².

Don Lope de Hoces realizó servicio no menos útil, partiendo de la Coruña, en Septiembre de 1637, con bajeles en que iba tropa y dinero para Flandes ³: era ésta la comisión á que se le apremiaba por las faltas que en la guerra se iban sintiendo de un año atrás; y como el viento duro del Sur con que hizo el viaje desalojara á la escuadra holandesa del canal, entró felizmente en Dunquerque.

Trajo á la vuelta 500 infantes valones sin tenerlos ociosos, pues al paso por la costa de Francia tropezó con convoy de holandeses, del que tomó seis navíos y destruyó nueve; alcanzó después, en el golfo de Gascuña, otra flota francesa en que hizo igual riza, y entró en la Coruña con 12 presas, habiendo incendiado otras tantas.

En segundo viaje, emprendido el mes de Diciembre con más infantería, le siguió la fortuna, poniendo en sus manos nueve navíos mercantes holandeses, 24 más, habiéndose unido en el canal de la Mancha con la escuadra de Dunquer-

¹ *Mémoires du Maréchal de Bassompierre*. Paris, 1873.

² *Colección Vargas Ponce*, leg. 1, números 95 á 102.—*Colección de Jesuitas*, t. CXIII, número 219.—M. le Dr. E. T. Hamy, en el estudio titulado *Les Français au Spitzberg au XVII^e siècle* (Paris, 1895), dice: «En 1636, Saint-Jean-de-Luz, Cibourre et Socoa étaient pris et saccagés par les Espagnols, qui s'emparèrent de quatorze grands navires chargés de fanons et de lard récemment arrivés du Nord. Ce fut un véritable désastre, la pêche des Basques fut anéantie.»

³ Al decir de Novoa, condujo en 20 galeones 7.000 infantes españoles y un millón en pasta de plata: las relaciones sueltas disminuyen las cifras.



que, estacionada en su espera; y si en el regreso le molestó la constancia de los vientos sures, teniendo que gastar cincuenta días y arribar tres veces á puertos de Inglaterra, no perdió el tiempo.

La salida hizo de Mardique, á 7 de Marzo de 1638, con 16 bajeles de su escuadra, 12 de la de Dunquerque y tres de particulares corsarios; el siguiente día dieron con la flota de 30 velas, de las que cobraron 15; el día 25 con otra mayor escoltada. Hubo que pelear, consiguiendo rendición de dos naves de guerra y 10 mercantes; el 7 de Abril rindieron las banderas otras tres holandesas sin resistencia. Este día se apartaron las escuadras, llevándose la de Dunquerque las presas, continuando la de D. Lope hacia España; mas todavía halló en el camino un convoy de franceses destinado al Canadá, y de sus 15 navíos pudo tomar siete y entrarlos en la Coruña ¹.

Contando entre los sucesos venturosos del año la llegada á Cádiz de las flotas de Indias ², con las expediciones de don Lope acabaron, entrando el astro de la marina española en el eclipse predicho anticipadamente por los observadores inteligentes, á tiempo en que la densidad de los nubarrones políticos auguraba conmociones en Portugal, en Nápoles y en Cataluña.

El 1.º de Julio, en correspondencia inesperada á la visita hecha por nuestros soldados á San Juan de Luz, esguazaban el Bidasoa más de 20.000 franceses, trayendo por cabeza al príncipe de Condé. Todo lo que al pronto reunió D. Diego de Isasi, coronel de la provincia de Guipúzcoa, para hacerles frente, fué cosa de 2.000 hombres, mal proveídos, que harto hicieron escaramuzando desde los lugares estratégicos, y así, avanzando los invasores, llegaron en tres días á vista de San Sebastián, donde les pareció haber resistencia, satisfaciéndose, por tanto, con ocupar á los lugares abiertos, Irún, Oyarzun, Lezo, Rentería y Pasajes. En los tres últimos estaban

¹ Colección Navarrete, t. VII, núm. 8.

² Carta del general D. Carlos Ibarra. *Memorial Histórico*, t. XIV, pág. 244.



en actividad los astilleros, construyendo 12 galeones para la armada real: cuatro se hallaban todavía sobre las gradas; cuatro, concluídos, pudieron sacarse ¹; los otros cuatro quedaron en poder del enemigo, así como también 60 cañones de bronce colocados en el muelle para el armamento, que precipitadamente se clavaron. Tomaron igualmente el castillo de Híguer, situado sobre el cabo de este nombre, dominando la boca del Bidasoa, que tenía 10 soldados de guarnición, y abrieron trincheras ante Fuenterrabía por no dejar plaza fuerte á su espalda.

Dentro de ésta había, entre presidio y vecinos, 700 hombres hábiles; estaba arruinado el muro que mira al mar, mas no faltaban municiones. En los primeros días introdujo don Alonso Idiáquez refuerzo de alguna gente; entró por gobernador el maestre de campo D. Miguel Pérez de Egea, el defensor de la isla de Santa Margarita; trabajaron las mujeres como auxiliares, se hincó estacada en sustitución de la muralla derruida y se aparejaron todos á sufrir las molestias de un sitio en que «por otra invención diabólica», al decir de las relaciones, sintieron el efecto de las bombas de fuego disparadas con dos trabucos.

Así que la noticia llegó á la corte, tomando de improviso á los ministros, corrieron órdenes encaminadas á la formación en Navarra y Guipúzcoa de ejércitos dirigidos por el almirante de Castilla D. Juan Alonso Enríquez. Por mar se dieron, suspendiendo la marcha de las escuadras que estaban en Lisboa á punto de salir para el Brasil, encargando á don Antonio de Oquendo que, con dejar en las Baleares á los navíos de Nápoles, pasara con diligencia los suyos al Norte, y urgiendo á D. Lope de Hoces, como más inmediato, la partida de la Coruña con el tercio de irlandeses que había traído de Flandes, para meterlo en Fuenterrabía.

¹ Consta en la relación de servicios del almirante Asensio de Arriola, natural de Deva, que al tomar los franceses á Pasajes sacó los navíos que allí se habilitaban «sin estar aparejados ni tener bastimentos, ni municiones, ni gente bastante para defenderse y navegar, y los llevó á Santoña». *Colección Vargas Ponce*, legajo de almirantes y leg. núm. 438.



Por mucho que los correos corrieran, se habían anticipado navíos de Francia, situándose en la concha del Bidasoa, bajo el castillo de Higer, y cerrando la boca del río con línea de lanchas encadenadas que completaron la circunvalación. Don Alonso Idiáquez procuró inútilmente forzarla con sus zabras y pinazas para aumentar el socorro de la plaza; las fuerzas superiores del bloqueo le rechazaron con pérdida: y por darles más consistencia, vinieron una y otra armada de los enemigos con imponente refuerzo.

Trájaslas el Arzobispo de Burdeos, que, habiendo pasado desde el Mediterráneo, como anteriormente se ha dicho, pertrechó los navíos en la Rochela, unió los que recientemente se habían adquirido en Holanda y los que mandó construir el Cardenal, componiendo armada de 64 velas, de ellas 44 gruesas de guerra, dos pataches, cuatro urcas, 12 transportes con municiones de boca y guerra, y 12 navíos de fuego (*brûlots*)¹.

Pasándose sin las dispensas solicitadas del Papa por el rey Luis XIII, y no acordadas por no creer Su Santidad que armonizara la prelación con el humo de la pólvora mejor que con el del incienso, venía como general de mar en jefe con título de Teniente general, y fué su primera disposición hacer alarde de fuerza ante la plaza sitiada disponiendo en parada las naves, entre las que descollaban *La Couronne*, de 2.000 toneladas, y *Le Vaisseau du Roy*, de 1.000; bajeles de una especie que, según escribió D. Antonio de Oquendo, nunca se habían visto en la mar, y que á los espectadores parecieron moles enormes, monstruosas, por lo que los castillos, los costados y la arboladura sobresalía entre las naves ordinarias.

No obstante la presencia, procuró todavía D. Alonso Idiáquez, en circunstancias de marea y viento, forzar el bloqueo, romper la cadena de lanchas é introducir víveres y municiones en Fuenterrabia con 60 pinazas, resolución atrevida merecedora del éxito que no tuvo. Siendo cañoneadas por la

¹ Mr. Jal, en su obra *Abraham Du Quesne* (París, 1873, t. 1, pág. 87), con más precisión que los documentos de la *Correspondance de M. de Sourdis*, incluye estado de composición de la armada, con nombres, capacidad y fuerza de los navíos.



escuadra, dos de las pinazas se sumergieron, y las demás hubieron de volver forzosamente á San Sebastián, quedando la plaza limitada á los recursos de su recinto.

No me toca referir el caso famoso con que la ciudad ganó palma inmortal en sesenta y nueve días de trinchera abierta, cayendo sobre ella lluvia de hierro y plomo, desmoronadas las casas por las bombas, desmenuzados los muros por las minas, quemados los reparos, y repelidos, sin embargo, los que en ocho asaltos quisieron penetrar por las brechas¹; me he de atener á ocurrencias exteriores en el agua.

Continuando los apremios á D. Lope de Hoces para que saliera de Coruña, envió á la corte relación del reconocimiento hecho á la armada y estado de fuerza de los 12 navíos de su mando, faltos de gente y pólvora por haber suministrado de una y otra á D. Francisco Mejía, á fin de habilitar en San Sebastián los cuatro galeones sacados de Pasajes y cuatro navíos menores del puerto. Haciendo comparación demostrativa de la enorme diferencia de sus bajeles con los del enemigo, por no ir á sabiendas á una derrota que menoscabara la reputación de las armas, pidió se le juntasen las escuadras estacionadas en Lisboa ó se le consintiese esperar á la de Oquendo, afirmando que con una ú otra determinación se tendrían probabilidades de buen suceso. Todo se le negó, razonando no poderse tocar á la armada del Brasil; ser problemático y lejano el arribo de la del Mediterráneo y no consentir espera el socorro de la plaza oprimida. Decíasele, por otro lado, que no era seguramente la escuadra francesa tanto como se ponderaba, ni estaría situada de manera que no pudiese con sus naves forzar el bloqueo ó fondear en un puerto

¹ En prosa y verso ha sido loado, y en todas las historias encarecido; relaciones sueltas, impresas y manuscritas hay muchas, y entre las historias particulares dos más apreciadas que escribieron el P. José Moret, *De obsidione Fontarrabie*, y el venerable P. Juan de Palafox, sin nombre de autor ésta. (*Sitio y socorro de Fuenterrabia y sucesos del año de 1638, escritos de orden de S. M.* Madrid, imprenta de Catalina del Barrio, 1639, 4.º) Consérvase manuscrito el diario del sitio en la casa municipal, y con su vista condensó los sucesos D. Antonio Eernal de O'Reilly en su libro de título *Bizarria guipuzcoana y sitio de Fuenterrabia. Apuntaciones históricas*. San Sebastián, 1872, 8.º



inmediato para enviar socorro con las embarcaciones menores con gente que le felicitaría el capitán general del ejército. En último caso, no siendo factible nada de esto, reforzaría él al ejército con su infantería. Las amenazas insinuadas en el despacho no dejaron á D. Lope duda de estar su ruina decretada; salió, con todo, acompañándole al sacrificio voluntariamente, como simples capitanes de navío, varios que habían servido cargos de generales y de almirantes: Juan Pardo, Antonio Gentil, Nicolás Judici, Alonso de Mesa, Luis de Aguilar.

Mientras barajaba la costa con objeto de recoger en Santoña lo que hubiera, se habían replegado los franceses sobre Fuenterrabía, abandonando á Oyarzun, Lezo, Rentería y Pasajes. De este puerto sacaron los cuatro galeones nuevos, incendiaron, con los cuatro en construcción, tres de presas holandesas inútiles, los astilleros, las casas; allí no dejaron más que un montón de cenizas; pero el abandono no llegó oportunamente á noticia de D. Lope. Navegando convocó á junta de jefes, ante la que fueron leídas las instrucciones reales, y notáronse pareceres diversos, como suele suceder en los casos dificultosos.

Dijeron algunos que en las órdenes superiores no se debe dar á la letra mayor atención que al espíritu que las dicta, porque, de lo contrario, las más de las empresas se malograrían.

Dijeron otros que se cumplieran las órdenes del Rey entrando en Guetaria, «porque los soberanos más quieren que se obedezca que no que se interprete, y la obediencia tiene en su mano la disculpa de lo que da buen resultado, en tanto que á quien interpreta sólo se le aprueba lo que sale bien».

Hoces se conformó con esta opinión recta, dirigiendo su rumbo al puerto entre la escuadra francesa que bloqueaba á San Sebastián y la que guardaba la concha de Híguer. Cuando supo que Pasajes estaba libre de franceses, trató de ponerse de nuevo á la vela y cambiar de fondeadero, mas el viento no lo consintió. Inmediatamente acoderó los bajeles, dejando los más fuertes en primera línea, cerrando la boca;



desembarcó cañones gruesos, con los que se establecieron rápidamente en tierra baterías rasantes y dominantes, tratando al paso de ponerse en comunicación con el capitán general del ejército ¹.

Iban á cumplirse cincuenta días desde el principio del sitio; había muerto heroicamente Egea; seguía la plaza resistiendo. El Arzobispo de Burdeos puso á la vela toda su armada, que-

¹ Acta:

«En la capitana surta en la concha de Guetaria, á 19 de Agosto de 1638, el señor D. Lope de Hoces y Córdoba, de los Consejos de Guerra y Indias de S. M. y su Capitán general de la Armada, con ocasión de estar á la boca del puerto 33 velas del enemigo y ser el viento calma, dijo que ha enviado á llamar á esta capitana á todas las personas particulares de puesto que han venido y estaban acá, para que, según el caso presente, se trate y confiera lo que se ha de hacer más conveniente al servicio de S. M. y mejor disposición. Y estando todos juntos, que son los siguientes: el general D. Francisco Mesía, el general D. Antonio de Isasi, el general don Luis de Aguilar, el general D. Luis de Córdoba, el general D. Nicolás Judici Fiesco, el maestre de campo D. Alonso de Idiáquez, el maestre de campo D. Baltasar de Guzmán, D. Íñigo Pacheco de Mendoza, el teniente de maestre de campo general D. Luis de Guzmán, el almirante D. Juan Pardo Osorio, D. Juan Bravo de Hoyos, el almirante D. Alonso de Mesa, el almirante Asensio de Arriola, el almirante Pedro de Marquintana, D. Gabriel de Espinola y Santiago, el capitán D. Pedro de Pórras y Toledo, el capitán D. Fernando de Castilla, el capitán Baltasar de Torres, el capitán D. Diego de Narváez, el capitán D. Daniel Oriscol, Antonio de Raigada, capitán de mar y guerra de la capitana, el piloto mayor Jaques, y todos juntos fueron de parecer que considerando que el viento es calma y que el enemigo está á la boca del puerto con sus 33 bajeles, de los portes y grandezas y artillería que se ha reconocido, que estos 12 bajeles se retiren á tierra lo más que se pueda, y que se pongan en toda la defensa posible, y que se saquen dellos seis ú ocho piezas de artillería y se planten en la eminencia del monte dos ú cuatro, y estotras en la plataforma del muelle, porque con la dicha artillería y la de los bajeles se defiendan del acometimiento que quisiere hacer el enemigo, y que todo se hiciese con toda brevedad, porque el enemigo había surgido é se iba espiando con espías para entrarse más en el puerto. Oído lo dicho por el Sr. D. Lope, se conformó, y ordenó que se pusiese en ejecución, y todas las personas de las referidas que tienen bajeles á su cargo lo fueron á poner en ejecución.—Siguen las firmas.

»Andrés Martínez de LausaGarreta, criado de S. M., que hizo los oficios de veedor y contador de la Armada del cargo del Sr. D. Lope de Hoces y Córdoba, Capitán general della, certifico que el almirante D. Juan Pardo Osorio, D. Juan Bravo de Hoyos, almirante D. Alonso de Mesa, almirante Pedro de Marquintana, el capitán Antonio de Larraigada, el capitán Baltasar de Torres, piloto mayor Jaques, se hallaron en esta junta y fueron del mismo parecer, y todos los demás de quien está firmada, y por haber muerto en la ocasión y reencuentro no la pudieron firmar, y yo me hallé presente en la dicha junta y todo lo referido por orden del dicho señor D. Lope, y porque de todo conste, firmé esta declaración en Guetaria á 30 de Agosto de 1638. Andrés Martínez de Lausa Garreta.»—Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, t. CXIX, núm. 201.



riendo impedir que se juntaran con los bajeles de Hoces los que estaban en San Sebastián, y habiendo calmado el viento anduvo dos días en peligro de caer sobre los bancos de Archacón, arrastrados los navíos por la corriente; salió de cuidados al entablarse virazón, con ayuda de la cual fué desfilando ante Guetaria con disparo de andanadas. Sirvióse de tal viento del ENE., favorable para fondear en primera línea, á un cable de distancia del puerto, 13 navíos de los mayores que sobre la masa apiñada de los galeones no desperdiciaban tiro, aunque los de las baterías del monte les molestaban bastante. Encendido el cañoneo, en medio de la nube de humo que llevaba la brisa hacia adentro, enviaron los franceses cinco navíos de fuego, que, aferrados á los españoles de la línea exterior, lo comunicaron, ardiendo todos. En los demás hubo espantosa confusión, no encontrando medios de evitar el contacto de las llamas, aumentándola otros navíos de fuego enderezados á la capitana, varada en las rocas por rotura de las amarras. Ayudó el pánico á la obra destructora, pues el general D. Lope, viendo cómo su gente se arrojaba al agua desoyendo el mandato y dándolo todo por perdido, mandó poner fuego á su capitana y á los navíos que se mantenían intactos, y sólo uno, desobedeciendo, dió velas, saliendo á la mar por en medio de los enemigos. La horrorosa escena de aquel volcán en medio del agua partía el alma; los cañones, cargados, disparaban por sí solos sobre el pueblo, siendo lo de menos, que al volar los depósitos de pólvora cayeron con él árboles, pertrechos, fragmentos de toda especie, horripilando los de los cuerpos muertos.

Día de luto fué, y es de triste recuerdo, el 22 de Agosto de 1638. «La tremenda desgracia se presentó aún más horrible en el momento en que, reemplazando al ruido el silencio, sólo se oía el melancólico golpe de las olas al tenderse en la playa, y con la fuerte resaca volver rodando á la mar en sentido inverso las aguas. En todas direcciones se veían discurrir macilentos, heridos en varias partes de su cuerpo, que ya manchaba la sangre, desgarrada la única prenda del traje que conservaron algunos, y completamente desnudos los más, como



unos 1.000 hombres, que lograron salvarse de la muerte para recorrer las calles solitarias de un pueblo medio arruinado, y de caserío en caserío pidiendo una limosna por caridad; quién unos viejos gregüescos para cubrirse las carnes, ó un jubón usado, y todos un pedazo de pan. Aquellos hombres robustos, galanos en sus arreos, y esforzados horas antes, no eran más que inútiles despojos que abandona el fuego, y las lieces que dejan las olas en la costa después de la borrasca cuando se calma la mar ¹.»

Lo ocurrido dentro del puerto en los momentos del desorden no se conoce bien: cada uno veía lo inmediato sin abarcar el conjunto, y así varían y se contradicen las relaciones: la que escribió el general D. Lope de Hoces, primera que debe tenerse á la vista para juzgarle, precisa, concluyente en cuanto al descargo de la mayor responsabilidad, no satisfizo, llegando al pormenor de ocurrencias. Decía:

«Señor: En cartas de 23, 25, 28 del pasado y 2 del presente, di cuenta á V. M. de la pérdida de los bajeles de mi cargo, y en otra de 4 de éste escribí al secretario Pedro Coloma en la misma sustancia, que es decir, que V. M. gobierna su real monarquía por relaciones de los ministros de fuera, que éstos no dijeron lo cierto y deshicieron la fuerza grande y número de bajeles que la armada del enemigo trae, con que se dieron las órdenes sin la detención necesaria que habrían menester los pocos bajeles y fuerza que V. M. tenía en la mar á mi cargo, y debajo de este mismo presupuesto hablaré siempre.

»En carta de 2 del presente me avisa el secretario Pedro Coloma que se habían recibido las mías de 23, 25, 28, y que se me enviaban los despachos que vinieron con ésta en el ínterin que venía respuesta de las mías. No ha venido, conque considero que no se deben de haber visto; y como quiera que con la vista se trae á la memoria de V. M. y á los ministros las órdenes que se me dieron y circunstancias que hubo en el caso, y se dilata el que lo entiendan, en el pueblo hablan lo que no saben; y como yo no he de decir que mi salida y lo demás que dispuse fué con las órdenes, discurre cada uno como le obliga su humor, parte que nadie ha sido poderosa á excusarse de esta censura, y por lo dicho me es forzoso volver á representar lo siguiente.

¹ Bernal de O'Reilly.



»Bien sabe V. M. las muchas órdenes que tuve para salir de Santoña; y como si yo tuviese culpa en la detención, y no estuviese haciendo en el apresto de los bajeles más de lo posible, se me decían escoseces y apuntaban amenazas, que muchas veces me puse á considerar que me estaba mejor perderme saliendo, que salvarme quedando; y asimismo sabe V. M. que en alguna de las órdenes se me mandaba que con uno ó con dos, ó menos ó más bajeles, saliese luego. Á que respondí, representando, que si saliese como estaba, aunque fué con las órdenes que tenía, con justísima causa me podía mandar V. M. cortar la cabeza; y en otra ocasión dije, que saliendo mal iría á dar victoria al enemigo; y, últimamente, con correo que despaché en 7 del pasado, escribí á V. M. representando que la armada del enemigo tenía 52 velas, y envié carta del Almirante que me escribió en esta conformidad; y asimismo la declaración que hizo el capitán Francisco de Escorza, que por su orden y de los demás ministros de justicia poco há la reconoció, con lo demás que dice la declaración.

»Con estas mismas envié carta de D. Juan Chacón, en que decía que los ocho bajeles que estaban en San Sebastián no los podían tripular de marineros porque no los había, é hice relación á V. M. de la forma en que estaban los doce que tenía en Santoña, como todo más largo consta en las dichas cartas y papeles á que me remito; y con la moderación á que me obligaba el venir yo á la jornada, supliqué á V. M. mandase ver si era posible entrar por la mar con estas fuerzas al socorro de Fuenterrabía, teniendo el enemigo la que tenía, y las prevenciones que consta de la declaración de dicho Capitán; y habiéndose visto estas cartas, en respuesta de este correo me mandó V. M. saliera al puerto de Guetaria, que es el que V. M. señala en uno de sus despachos, adonde ya había avisado al Almirante que vendría, y que me tuviese allí las personas particulares y gente vieja que me había de dar en conformidad de las órdenes de V. M. Llegué á él por la mañana el día que entré, habiendo tenido tres leguas antes un aviso del Almirante, con el capitán Sebastián de Echavarría, en que me avisó y envió relación de 58 velas que se habían visto, y yo las estaba mirando, y la relación original que el Almirante me escribió de lo dicho remito á V. M., y esa noche no supe que el enemigo había dejado el Pasaje, que me lo avisó D. Juan Chacón á tiempo que la mar era calma y que el enemigo estaba ya con su armada sobre mí.

»En las costas de Guipúzcoa no hay más puerto bueno y seguro que el de Pasajes, y á falta de él, menos malo es Guetaria, porque San Sebastián no tiene fondo dentro para los navíos que yo llevaba, y era forzoso surgir fuera ó en puerto desconocido, expuesto al mayor riesgo de la mar y del enemigo. Escogióse lo menos dañoso, y en donde había esperanzas de



salvación, en conformidad de la orden, y asimismo sabe V. M., porque lo he avisado, que el enemigo me sitió luego, surgiendo con 33 bajeles en la barra de la Concha, con los demás de su armada á la vista, y que yo retiré los de mi cargo y los metí en tierra lo que se pudo, presidiendo primero junta cuerda con todos los generales y almirantes y personas particulares que se hallaban allí, que todos votaron la retirada en la forma dicha, y firmaron el acuerdo, y si alguno no lo firmó votó lo mismo, y con la vista del suceso dijo después contra lo que votó en la junta á vista de todos los que se hallaban en ella, queriendo por camino nunca visto ni oído curarse de otros descalabros suyos, siendo así que no había otro camino mejor que el que se tomó; y si muchas veces sucediera el caso, habiendo visto el suceso, era forzoso seguir el mismo, porque si se tomaba otra resolución se perdieran los bajeles con nota de descrédito de las armas de V. M. y de la nación. Apoyada la fuerza de la mar con la de tierra, y con la disposición que se dió, se pudo defender de armada tan poderosa, y de otra manera no.

»Á V. M. di cuenta en carta del 20 de la disposición dicha y sitio que el enemigo me tenía puesto, y V. M. se sirvió responderme en nota del 24, hablando en lo dicho, lo que sigue:

«Ha parecido bien la prevención de poner los bajeles más fuertes á la »entrada del puerto y la artillería en tierra para en caso que el enemigo »quiera intentar sobre vos alguna facción.»

»Según lo referido, y es lo que ha pasado, he obrado en todo con órdenes y aprobación de V. M. Los sucesos nadie los puede asegurar, mayormente cuando las fuerzas son tan desiguales. ¿Qué entendimiento humano pudo esperarlos buenos saliendo á la mar 12 bajeles, que eran los que yo tenía, y de la calidad que se sabe, mal prevenidos por la desprevenición y poco tiempo, y peor tripulados, con bisonños la mayor parte de los marineros y el todo de la infantería, gente miserable y presos en Galicia por los obispos y frailes, pastores que guardaban ganado transformados de golpe en soldados y enviarlos á pelear, y que aun de esta gente faltaban más de 550 plazas para la tripulación que les tocaba, como consta de la certificación que he remitido á V. M. de los que vienen sirviendo los oficios, y que los bajeles referidos fuesen á buscar costa en donde estaban 70, con tan poca distancia como la que hay desde el cabo de Híguer á Guetaria, mirándose los unos á los otros tan prevenidos, armados y reforzados como se ha visto? ¿Quién, estando bien informado, podía esperar diferente suceso? La armada del enemigo consta de mayor fuerza que Francia ha puesto en la mar desde que la gobiernan sus reyes. Así lo dicen los capitanes prisioneros que hoy están en Fuenterrabía, con tantas circunstan-



cias de sus prevenciones, cuanto será bien saberlas para lo adelante; y porque los que viven en el mundo tienen tan diferentes condiciones, me obliga á traer á la memoria lo que tanto se sabe. ¿Qué general de todos cuantos V. M. tiene de bajeles redondos ha peleado tantas veces como yo, ni con mejores sucesos ni tan importantes? El año de 25 me mandó V. M. que llevase la segunda flota, que llevé, á Nueva España, y á la vuelta me vino Balduino Anrico, que, no habiendo podido socorrer á Bahía cuando la restauró D. Fadrique de Toledo, vino á buscar la flota, y sobre la boca del canal de Bahama, el general Petri Petro (*sic*), con 14 bajeles, arribó sobre la armada de la guardia, viniendo yo con ella, y sólo con mi capitana le esperé y me atravesé, y él, viendo que me atravesaba con aquella resolución, se pasó una legua de donde estaba, sin querer arribar más á pelear, y dijo que no podía ser otra sino la capitana de D. Fadrique la que le esperaba en aquella forma; con que se fué y no buscó más los navíos de la flota, donde hubiera causado el daño que otras veces han hecho otras armadas de menos fuerza y número.

»Al principio del año 31 me mandó V. M. que fuese á gobernar la armada del mar Océano, en donde trabajé lo que es notorio, disponiendo todo lo que V. M. me mandó.

»Eñ el de 33 me encargó V. M. la restauracion del fuerte que el holandés tenía en la isla de San Martín, que se restauró en efecto, y salí del sitio con dos heridas tan graves como se sabe, que de la una de ellas he quedado manco de un brazo. Y en llegando de vuelta de esta jornada, sin dejarme pasar ocho días en Madrid, me mandó V. M. ir á socorrer el Brasil con solos seis navíos de armada, y con ellos convoyé el socorro y fuí á buscar al enemigo en su misma casa, en Fernambuco, con intención de quemarle los navíos que estaban en la plaza, y arribé sobre ellos hasta que me faltó el fondo; y habiendo largado los cables por la mano, se metieron debajo de sus fortificaciones. Y visto que por lo dicho no podía conseguir lo que intenté, pasé á echar el socorro, y á vista de la armada del enemigo, de once bajeles con que salió tras mí, y de la gente que tenía en tierra, y de su general y el de la mar, y el de caballería, y un coronel, le eché el socorro en diez días muy despacio, con solos cinco bajeles, porque el uno de los seis se me había desgarrado, no atreviéndose el enemigo á embestirme, considerando que debía de traer más fuerzas, pues le fuí á buscar á su casa. Y esto fué á los últimos del mes de Noviembre del año de 35, habiendo asentado Matías de Albuquerque con su gente que, si en todo aquel mes no venía el socorro de España, se fuesen á sus casas y desamparasen el campo; de forma que con cuatro días de diferencia del uno al otro, llegué y socorrí aquel Estado tan importante por sí y por la ve-



ciudad de las Indias, que con aquel socorro se conserva y dura en la obediencia de V. M., porque no ha ido otro considerable.

»De vuelta de esta jornada, peleé con solos dos bajeles y un patache, que me estorbaba, con ocho urcas muy grandes y reforzadas, del enemigo, combatiendo dos días enteros de sol á sol, y se retiró tan maltratada que le obligó á volverse á su puerto, con que pasó la flota del azúcar á Portugal sin ningún riesgo.

»A poco de haber venido de esta jornada, me mandó V. M. que fuera con 11 bajeles, de la flaqueza y poca fuerza que es notorio, á las costas de Francia, y entré en la isla de San Martín de Rey (Saint-Martin de Rhé), y en su puerto, y debajo de las murallas, ocupé al enemigo 24 bajeles, que quemé y eché á pique, y truje y se le embarrancaron los demás; y esto, como he dicho, se hizo á balazos, sin ardidés ni instrumentos de fuego, á mano, pues con pajuelas se les quemaron los nueve de ellos, y en trece días volví á la Coruña con los 12 que truje, de donde resultó algún consuelo y desquite de lo que se perdió en la Leucata.

»Luego, sin descansar, me mandó V. M., en lo más riguroso del invierno, fuese á socorrer los Estados de Flandes, que estaban en el aprieto y cuidado que V. M. sabe por los sucesos del año pasado de 31, que son notorios; con la gente y dinero que llevé resucitaron, y se han tenido en éste las buenas fortunas que se sabe.

»De vuelta de esta jornada se tomaron al enemigo 32 presas, y entre ellas las tres de Levante, tan ricas, que han resucitado á la armada de aquellos Estados, y héchola crecer tanto como se avisa. Volví á la Coruña con estos buenos sucesos, sin haber perdido nada, como en las pasadas, y trayendo siete naves de franceses. También truje los dos tercios de irlandeses con que, á los ocho días de haber entrado el enemigo en esta provincia de Guipúzcoa, la socorrí, y llegó este socorro á tiempo que estaba su gente tan atemorizada como es notorio y esperando todos su pérdida. Con la venida de aquella gente se alentaron, y con la que metieron de ella en Fuenterrabía se ha conservado la plaza y defendido hasta que, juntando V. M. mayor fuerza, la pudo socorrer. ¿Cuál jornada de las que dejo referidas, teniendo las dificultades que son notorias, he rehusado? Siendo así que el Conde-Duque, deseando mucho socorrer á Flandes, como todo lo demás de la monarquía de V. M., no me dijo directamente lo de aquella jornada, habiéndole yo ofrecido que no iría en ella si embarazaba en aceptar, y sabiendo que estaban espíando el socorro 39 bajeles gruesos del enemigo en la Canal de la Mancha, vine á esta parte con 12 solos de la calidad dicha á buscar esta costa, donde el enemigo tenía 60, como se ha visto; sabiendo yo de cierto que me venía á perder, y no siendo dificultoso



de entender que el ministro de V. M. más celoso, el más vigilante en su mayor servicio, no puede escaparse de malos sucesos, á no tener el poder de Dios para asegurarlos, y que cuando son buenos el vulgo procura con su intento disminuirlos y torcer la gloria de Dios con los sentidos que les da. Pues si esto se hace con el que han menester todos, ¿qué mucho que algunos del mundo, con sus intenciones, digan del que no han menester en nada; que siempre en esta materia se alargan al que duerme en su cama y come en su mesa, como se ha visto en otros sucesos buenos y malos? Yo me perdí con las circunstancias que he dicho. Pudiérase preguntar al que lo censurare cuando no me he perdido, ¿si soy el primer general á quien ha sucedido? ¿Cuántos emperadores y reyes y príncipes se han perdido? Fué mi perdición peleando desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Acabáronse de quemar los bajeles, sin que quedase por hacer nada, previniéndose lo que se pudo para excusar la quema, y sucediendo ésta con tanto daño del enemigo, que dejó 10 de sus capitanes prisioneros, de los que en aquella ocasión se hallaron con los 33 bajeles con que vino el Arzobispo de Burdeos. Dicen éstos que se les mató é hirió mucha cantidad de gente, y que sólo á un bajel de los que se arrimaron se le metieron tantas balas, que no digo el número por ser yo el general cuyos bajeles las disparaban; que de los unos á los otros andaban tan espesas como si fueran de mosquetería. Avisando yo á mi capitana que abordara, porque le habían cortado las amarras á balazos y venía ya perdida sobre las peñas, y viendo que también lo estaba otro bajel, barrancados ambos con el murallón de la plataforma del muelle, que servía de puente para pasar á ella, y advirtiendo que el enemigo venía cargando con sus bajeles de fuego y lanchas, y todos los demás disparando, y que toda la gente se había ido y se me iba sin podella tener á cuchilladas y estocadas; que de las cuatro piezas de la plataforma baja, en la retirada una, disparándola, se cayó al mar, y la otra se desencabalgó, y que á las dos que quedaban les faltó pólvora; que el enemigo, entrando en la capitana, había de sacar de ella lo que pudiese, y ver desde allí la huída que llevaban los de la tierra; que los más habían sacado ya su ropa, y que los escapados de la armada iban con la misma fuga, sin que los particulares que estaban en tierra los pudiesen detener; considerando, digo, lo dicho, y el descrédito que había de causar si sacasen una filástica de la capitana, que estaba allí perdida, y por ella saltasen á tierra, la mandé pegar fuego. En esto perdí más de 9.500 ducados, que para mi caudal no es poco, y salí en camisa, medio ahogado, y lo uno y lo otro lo hice por excusar la pérdida de mayor reputación si el estandarte y las armas hubieran caído en poder del enemigo. La obligación que los generales tienen viéndose perdidos, es quitar al enemigo



todo lo que pudieren de la gloria del vencimiento. Ejemplos recientes nos lo dicen: si el desdichado de D. Juan de Benavides hubiese quemado sus bajeles, ya se ve cuánto menos fuera su desdicha: no le faltó valor, ni se perdió por falta de su sangre; pero ¿á qué acudir á ejemplos lejanos? ¿Cómo se ha perdido el príncipe de Condé, no dejando nada por perder? Perdió las banderas, perdió la artillería sin clavalla, perdió los bajeles de bastimentos sin quemallos, perdió los baúles y caja de oro y plata de su Rey, con que había de dar las pagas á su gente, sin mandar que los hicieran pedazos y dallos acaso á ellos mismos para que se lo llevaran, huyendo como iban; perdió su recámara y plata, con que andaban tan adornados con todas sus alhajas, comiendo en ellas los soldados de V. M., con los espadines de sus armas y su nombre y con sus insignias que traen los de la sangre de Francia; perdió los caballos de sus personas sin desjarretarlos, y se escapó á uña de caballo, pidiendo sólo á su gente que hiciesen frente mientras él se embarcaba y se iba. ¡Desdicha grande para su Rey y reinos y nación! Mejor es, señor, que yo haya quemado mi plata y vestidos, que no que coman franceses en ella y traigan aquellos que son españoles y sus vasallos de V. M. y su capitán general. Concluyo con mi particular. Al emperador Carlos V, nuestro señor, luz de monarcas y sol de soldados valientes, cuando se perdió en la jornada de Argel, le dijo aquel gran cortesano y entendido cabo, D. Juan Manuel: «Señor, los que no se exponen á »nada, no les sucede nada.» A mí me encargó V. M. las jornadas tan seguidas la una á la otra, que no ha habido descanso ni tiempo de poner aquí las que sean, dando de ellas la buena cuenta que sea menester. Mas Dios hizo aquello y permitió eso otro, que es el dueño de todo. Su divina Majestad guarde la Católica y Real persona de V. M., como pide la cristiandad toda. De Tolosa á 14 de Setiembre de 1638» ¹.

La victoria de ordinario justifica en las guerras el proceder del capitán afortunado: poco importan las condiciones de su persona, los medios de que se vale, el gasto de sangre y de oro, si el éxito corona el fin de la campaña. Como del lauro participa la nación cuya bandera queda enhiesta, aun aquellos que no ven volver entre la tropa alegre á sus allegados, hallan en la gloria de la patria lenitivo á la aflicción particu-

¹ Ológrafa en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CXXXII, núm. 36. Por copia de la misma colección se ha publicado con algunos errores en el *Memorial Histórico*, t. XV, pág. 41.



lar por lo que le han sacrificado, y no es oportunidad la del júbilo de los más para pedir cuentas al que lo produce.

Con el vencimiento se despiertan, por lo contrario, las pasiones intolerantes, escudriñando el discurso bajo su inspiración, las acciones del caudillo, al que principalmente se culpa en los sucesos adversos; por lo mismo que se le adjudica la corona en los prósperos, se examinan las acciones y las palabras; por rareza se toman en cuenta las circunstancias.

Excitada la opinión con el peso de la catástrofe, hizo comentarios poco favorables á la honra del desdichado General; se pusieron en d'uda su capacidad y su valor, tantas veces antes acreditados, y hasta llegó á negarse el acuerdo de la junta de jefes en las relaciones del suceso que se escribieron. Poníase, por ejemplo, en su contra, el galeón *Santiago*, que por la singular energía del capitán le salvó del fuego y de los enemigos, pasando entre ellos, sufriendo los disparos de la escuadra, quedando desarbolado, deshecho el casco á balazos, pero izada la bandera que entró en el puerto de Pasajes. Si había de perderse la escuadra, decían, fuera mejor salir á la mar y morir con honra, que no arrinconados, pues si recibían daño, también lo hicieran.

Aun el mérito del referido galeón *Santiago* dió pasto á la conversación, atribuyéndolo unos á Nicolás Judici y Francisco Espinola, frente á los que lo adjudicaban al capitán propietario Pedro Montanio, pues aunque los otros tuvieran graduación superior iban en la nave de prestado.

El P. Moret trató con demasiada severidad á D. Lope de Hoces, y no es menor la del Sr. Bernal de O'Reilly, influído por lo que leyó. Bien pudo suceder que perdiera el General la serenidad del ánimo en los momentos supremos, mas la escuadra perdida estaba desde el momento en que salió de la Coruña desoyéndose las razonables representaciones que hizo, y de la pérdida no es justo culparle por los juicios de momento con que, según dijo el P. Palafox, se afeó á los vivos y á los muertos.

El cómputo de éstos, lo mismo que el de las pérdidas materiales, quedó asimismo envuelto en la obscuridad: si se



diera crédito á los despachos del Arzobispo almirante y á las relaciones publicadas por su texto ¹, se quemaron de 25 á 30 navíos que había en el puerto y muchas pinazas, siendo dos de aquéllos de 1.700 toneladas con 700 y 500 hombres cada uno. Perecieron de 5 á 8.000 marineros y soldados, con insignificante baja suya, y de ésta se llevó la estadística por alguno de los informantes con escrupulosidad exquisita, que le consintió fijar los muertos en 25 hombres, *una gallina y un pichón* ². Con estos datos se procuró el Prelado náutico la satisfacción de expresar que había sido el incendio de Gue-taria desquite (*revanche*) de la batalla de las Azores y vencimiento del mariscal Strozzi, «de que tanto se glorifican los españoles».

Los escritos de nuestra parte no concuerdan tampoco en las cifras; las más altas son de 11 galeones, cinco urcas y una fragata; de aquéllos, la capitana y almiranta de 800 toneladas; las demás de 600 abajo: los muertos de 1.500 á 4.000, entre ellos bastantes personas de cuenta, que bien merecen el recuerdo: D. Luis de Aguilar, general que había sido de flota; D. Juan Bravo de Hoyos, que lo era de Cuatro Villas; D. Juan Pardo Osorio, D. Alonso de Mesa, D. Asensio de Arriola, D. Pedro de Marquintana, almirantes; los capitanes de galeones D. Antonio de Raygada, Baltasar de Torres, Cristóbal de Garnica, Gonzalo Novalín, Pedro Fernández Coria; los capitanes de infantería Diego y Rodrigo Rubín de Celis, Diego de Cárdenas, Alonso Fernández Rebellón; los alféreces Arias Pardo y Esteban de Zamora, el piloto mayor Domingo Encinal ³.

No obstante las disculpas de D. Lope de Hoces se le iba á formar proceso ⁴, y quizá no saliera bien parado si la increí-

¹ En Burdeos, por Pierres de la Court, 1638, 8.º *Correspondance de M. de Sourdis*.

² Relación escrita por el P. Fournier é inserta en la *Correspondance* citada.

³ Como excepción de las relaciones populares son de citar manuscritos. *Carta de D. Baltasar de Guzmán, de Gue-taria á 26 de Agosto de 1638* (Colección de Jesuitas, tomo LXXXIV, núm. 38), y *Discurso sobre la pérdida del armada de D. Lope de Hoces en el puerto de Gue-taria*. (Colección Navarrete, t. VII, núm. 11).

⁴ Novoa, uno de los pocos que le defendían, escribió: «Vino D. Lope de Hoces; paró en un lugar antes de entrar en la corte, afligido y desconsolado, como se deja



ble victoria conseguida por el Almirante de Castilla, la huida de los franceses abandonando el sitio de Fuenterrabía y cuanto tenían en el campo, no cambiara el curso de las impresiones, como uno de los romances escritos entonces significa:

«El de Condé se retira,
los nuestros siguen sus armas
unos cantan, otros lloran,
¡qué contrariedad tan varia!»

Listo anduvo en marchar también de las aguas de Híguer el Arzobispo, dejándose en ellas los transportes de provisiones, aunque nadie le picaba la retaguardia como á los regimientos que tuvieron que repasar, deshechos, el Bidasoa. Lo que no dejó por allí fué buena fama de guerrero; pues un tanto desvanecido con el efecto de los navios de fuego, criticó la parsimonia de la infantería en los asaltos de Fuenterrabía, asegurando que con sus marinos era capaz de entrar; y autorizándole el príncipe de Condé para hacer buena la palabra, sufrió correctivo poco honroso.

Altamente censurable es la ligereza de expresión en jefes militares; debió reflexionarlo al escuchar la salva con que en la plaza cercada se solemnizaba el entierro de su valeroso gobernador D. Miguel Pérez de Egea, á quien él había calumniado ¹, aunque en el confesonario tuviera aprendido

entender, que no es desdicha errar, sino que paguemos los yerros que nos hacen hacer.....; insinuaba un ministro de papeles, muy favorecido en esta era, grande censorador de acciones ajenas y poco recatado y reconecedor de las propias....., insinuaba en el cuarto del Rey que había causas para visitar á D. Lope, sin tener conmiseración de un caballero afligido que hizo lo que le mandaron, habiendo antes resistido y dado causas de no convenir salir de la Coruña por la demasiada ventaja de la armada enemiga, que esto bastaba para descargo á la mayor calunnia.....» Libro VI, pág. 635.

¹ Trascrito en desagravio el elogio que mereció al marqués Virgilio Malvezzi en el *Libro de Grivillo Vezalmi*, citado en nota del *Memorial Histórico*, t. xv, pág. 66. «En Fuenterrabia murió de un mosquetazo D. Miguel Pérez de Gea (*sic*), gran soldado y muy honrado caballero. Enseñó con la pluma las experiencias de su espada. Fué el primero en obedecer, aun cuando era el primero en mandar. En el entendimiento grande, grande en el ánimo. Debía desearse menos valeroso por serlo más tiempo, que terminó en cortos años su vida por demasiadamente atre-



que mejor se ponen diques á la mar que freno á la maledicencia.

vido y poco dichoso. Defendió á Santa Margarita cuanto pudo, y á Fuenterrabia más que pudo, defendiendo la una vivo, y la otra aun después de muerto.»

Habia escrito é impreso, siendo Comisario general de Artillería (á ella se alude), una obra titulada *Preceptos militares, orden y formación de escuadrones*. Madrid, por la viuda de Alonso Martín, 1632, 4.^o, con láminas abiertas en cobre por el mismo Egea, y retrato del autor grabado por Juan de Noort.